

Homero
ILÍADA

Texto I. Despedida de Héctor y Andrómaca (*Iliada* VI, 390-502)

390 Tan pronto como Héctor, después de atravesar la gran ciudad, llegó a las puertas Esceas¹ -por allí había de salir al campo de batalla-, corrió a su encuentro su rica esposa Andrómaca <...> Acompañábale una sirvienta que llevaba en brazos al pequeño Astianacte², parecido a una hermosa estrella. Vio el héroe al niño y sonrió silenciosamente. Andrómaca, llorosa, se detuvo a su lado, y tomándolo de la mano le dijo:

407 -¡Desdichado! Tu valor será tu perdición. No te apiadas de tu niño ni de mí, infortunada, que pronto seré tu viuda; pues los aqueos te acometerán todos a una y acabarán contigo³. Preferible sería que, al perderte, la tierra me tragara, porque si mueres no habrá consuelo para mí, sino pesares, que ya no tengo padre ni querida madre. Mis siete hermanos, que habitaban en el palacio, descendieron al Hades el mismo día; pues a todos los mató el divino Aquiles, el de los pies ligeros. Héctor, tú eres ahora mi padre, mi querida madre y mi hermano; tú, mi floreciente esposo. Sé compasivo, quédate aquí en la torre -¡no hagas a tu hijo huérfano y a tu mujer viuda!- y pon el ejército a defender la ciudad desde la muralla.

440 Le respondió el gran Héctor, el de tremolante⁴ casco:

441 Todo esto me da cuidado, mujer, pero mucho me sonrojaría ante los troyanos y las troyanas si como un cobarde huyera del combate; y tampoco mi corazón me incita a ello, que siempre supe ser valiente y pelear en primera fila entre los troyanos, manteniendo la inmensa gloria de mi padre y de mí mismo. Bien lo conoce mi inteligencia y lo presiente mi corazón: día vendrá en que perezcan la sagrada Ilion⁵, Príamo⁶ y el pueblo de Príamo, armado con lanzas de fresno⁷. Pero la futura desgracia de los troyanos, de la misma Hécuba⁸, del rey Príamo y de muchos de mis valientes hermanos que caerán en el polvo a manos de los enemigos, no me importa tanto como la que padecerás tú cuando alguno de los aqueos de coraza de bronce, se te lleve llorosa, privándote de libertad, y luego tejas tela en Argos⁹ o vayas por agua a

¹ *Las puertas Esceas* : son las que daban salida a Troya hacia la llanura en la que se desarrollan los combates, entre los ríos Simois y Janto.

² *Astianacte* ("señor de la ciudad") es como llamaban los troyanos a Escamandrio, el hijo de Héctor, para honrar a su padre.

³ *Es llamativo que Andrómaca insista en que los aqueos (los griegos) atacarán a su marido todos a una, porque está convencida de que ninguno sería capaz de vencerle en un duelo.*

⁴ *Tremolante*: que se agita, sobre la cabeza del guerrero, en mitad de la batalla.

⁵ *Ilion*: otra forma de referirse a Troya.

⁶ *Príamo*: rey de Troya, padre de Héctor y de Paris-Alejandro.

⁷ *Fresno*: árbol de madera muy resistente.

⁸ *Hécuba*: esposa de Príamo.

⁹ *Argos*: ciudad griega y, por extensión, Grecia.

la fuente, a las órdenes de otra mujer, entristecida porque la dura necesidad pesará sobre ti. Y quizás alguien exclame, al verte derramar lágrimas: «Esta fue la esposa de Héctor, el guerrero que más destacaba entre los troyanos, domadores de caballos, cuando luchaban en torno de Ilion.» Así dirán, y sentirás un nuevo dolor al verte sin el hombre que pudiera librarte de la esclavitud. Pero ojalá la tierra cubra mi cadáver, antes que oiga tus gritos o presencie tu rapto.

466 Así diciendo, Héctor tendió los brazos a su hijo, y este se recostó, gritando, en el seno de la nodriza de bella cintura, por el terror que el aspecto de su padre le causaba: le daban miedo el bronce y el terrible penacho de crines de caballo, que veía ondear en lo alto del yelmo. Sonrieron el padre amoroso y la querida madre. Héctor se apresuró a dejar el brillante casco en el suelo, besó y meció en sus manos al hijo amado, y rogó así a Zeus y a los de más dioses:

476-¡Zeus y demás dioses! Concededme que este hijo mío sea, como yo, ilustre entre los troyanos e igualmente esforzado; que reine poderosamente en Ilion; que digan de él cuando vuelva de la batalla: «¡Es mucho más valiente que su padre!».

482 Luego puso al niño en brazos de la esposa amada, que, al recibirlo en el perfumado seno, sonreía con el rostro todavía bañado en lágrimas. Se dio cuenta el esposo y, compadecido, le dijo mientras la acariciaba:

486 -¡Desdichada! No en demasía tu corazón se acongoje, que nadie me enviará al Hades antes de lo dispuesto por el destino; y de su suerte ningún hombre, sea cobarde o valiente, puede librarse una vez nacido. Vuelve a casa, ocúpate en las labores del telar y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo; que de la guerra nos cuidaremos cuantos varones nacimos en Ilion, y yo el primero.

494 Dichas estas palabras, Héctor se puso el yelmo adornado con crines de caballo y la esposa amada regresó a casa, volviendo la cabeza de cuando en cuando y derramando copiosas lágrimas.

Texto II. Duelo final entre Aquiles y Héctor (XXII, 188-366)

188 El veloz Aquiles perseguía sin cesar a Héctor. Cuantas veces el troyano intentaba encaminarse a las puertas Dardanias, al pie de las torres bien construidas, por si desde arriba le socorrían disparando flechas, otras tantas Aquiles, adelantándosele, lo apartaba hacia la llanura. Como en sueños ni el que persigue puede alcanzar al perseguido, ni este huir de aquel; de igual manera, ni Aquiles con sus pies podía dar alcance a Héctor, ni Héctor escapar de Aquiles.

205 El divino Aquiles hacía con la cabeza señas a los guerreros, no permitiéndoles disparar amargas flechas contra Héctor, no fuera que alguien alcanzara la gloria de herirlo y él llegase el segundo. Mas cuando en la cuarta vuelta llegaron a los

manantiales, el padre Zeus tomó la balanza de oro, puso en la misma dos suertes de la muerte que tiende a lo largo -la de Aquiles y la de Héctor, domador de caballos-, cogió por el medio la balanza, la desplegó, y tuvo más peso el día fatal de Héctor, que descendió hasta el Hades.

Atenea, la diosa de ojos de lechuza, se acercó al Pelida¹⁰, y le dijo estas aladas palabras:

216 –Ilustre Aquiles, párate y respira; yo iré a persuadir a Héctor para que luche contigo frente a frente.

224 Así habló Atenea. Aquiles obedeció, con el corazón alegre, y se detuvo enseguida, apoyándose en la lanza. La diosa dejóle y fue a buscar al divino Héctor. Y tomando la figura y la voz infatigable de Deífobo, se acercó al héroe y pronunció estas aladas palabras:

229 –¡Mi buen hermano! Mucho te estrecha el veloz Aquiles, persiguiéndote con ligero pie alrededor de la ciudad de Príamo. Ea, detengámonos y rechacemos su ataque.

232 Respondióle el gran Héctor, de tremolante casco:

233 –¡Deífobo! Siempre has sido para mí el hermano más querido entre cuantos somos hijos de Hécuba y de Príamo, pero desde ahora te tengo en mayor aprecio, porque al verme te atreviste a salir del muro y los demás han permanecido dentro.

238 Contestó Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

239 –¡Mi buen hermano! El padre, la querida madre y los amigos abrazábanme las rodillas y me suplicaban que me quedara con ellos -¡de tal modo tiemblan todos!-, pero mi ánimo se sentía atormentado por grave pesar. Ahora peleemos con brío y sin dar reposo a la lanza, para que veamos si Aquiles nos mata y se lleva nuestros sangrientos despojos a las naves, o cae vencido por tu lanza.

246 Así diciendo, Atenea, para engañarlo, empezó a caminar. Cuando ambos guerreros se hallaron frente a frente, dijo el primero el gran Héctor, el de tremolante casco:

250- No huiré más de ti, oh hijo de Peleo, como hasta ahora. Tres veces di la vuelta, huyendo, en torno de la gran ciudad de Príamo, sin atreverme nunca a esperar tu acometida. Mas ya mi ánimo me incita a afrontarte. Ea, pongamos a los dioses por testigos, que serán los mejores y los que más cuidarán de que se cumplan nuestros pactos: Yo no te insultaré cruelmente, si Zeus me concede la victoria y logro quitarte la vida, pues tan pronto como te haya despojado de las magníficas armas, Aquiles, entregaré el cadáver a los aqueos. Pórtate tú conmigo de la misma manera.

260 Mirándole con torva faz, respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

261 –¡Héctor, a quien no puedo olvidar! No me hables de pactos. Como no es posible que haya fieles alianzas entre los leones y los hombres, ni que estén de acuerdo los lobos y los corderos, sino que piensan continuamente en causarse daño unos a otros, tampoco puede haber entre nosotros ni amistad ni pactos, hasta que

¹⁰ . Hijo de Peleo, es decir, Aquiles.

caiga uno de los dos y sacie de sangre a Ares¹¹, infatigable combatiente. Revístete de todo tu valor, porque ahora tendrás que obrar como guerrero esforzado. Ya no te puedes escapar. Atenea te hará caer pronto, herido por mi lanza, y pagarás todos juntos los dolores de mis amigos, a quienes mataste cuando manejabas furiosamente la lanza.

273 Diciendo esto, blandió y arrojó la fornida lanza. El esclarecido Héctor, al verla venir, se inclinó para evitar el golpe: clavóse la lanza en el suelo, y Palas Atenea la arrancó y la devolvió a Aquiles, sin que Héctor lo advirtiese. Y Héctor dijo al ilustre Pelida:

279 -¡Erraste el golpe, Aquiles, semejante a los dioses! Nada te había revelado Zeus acerca de mi destino, como afirmabas; has sido un hábil forjador de engañosas palabras, para que, temiéndote, me olvidara de mi valor y de mi fuerza. Pero no me clavarás la lanza en la espalda, huyendo de ti: atraviésame el pecho cuando animoso y frente a frente te acometa, si un dios te lo permite. Y ahora guárdate de mi lanza. ¡Ojalá que toda ella penetrara en tu cuerpo! La guerra sería más llevadera para los troyanos, si tú murieses, porque eres su mayor azote.

289 Así habló y, blandiendo la pesada lanza, la arrojó sin errar el tiro, pues dio en medio del escudo del Pelida. Pero la lanza fue rechazada por la rodela¹², y Héctor se irritó al ver que aquella había sido arrojada inútilmente por su brazo; se detuvo, bajando la cabeza, pues no tenía otra lanza de fresno; y con recia voz llamó a Deífobo, el de luciente escudo, para pedirle otra. Pero Deífobo no estaba a su lado. Entonces Héctor lo comprendió todo, y exclamó:

297 -¡Ay de mí! Los dioses me han traído aquí para que muera. Creía que el héroe Deífobo se hallaba conmigo, pero está dentro del muro, y fue Atenea quien me engañó. Cercana tengo la muerte, que ni tardará, ni puedo evitarla. Así lo habrán querido, desde hace tiempo, Zeus y su hijo¹³, el que hiere de lejos, que antes me salvaban, benévolos, de los peligros. Ya la Moira¹⁴ me ha atrapado. Pero no quisiera morir cobardemente y sin gloria, sino realizando algo grande que llegue a conocimiento de los venideros.

306 Esto dicho, desenvainó la aguda espada, grande y fuerte, que llevaba en el costado. Y encogiéndose, se arrojó como el águila de alto vuelo se lanza a la llanura, atravesando las pardas nubes, para arrebatarse la tierna corderilla o la tímida liebre; de igual manera arremetió Héctor, blandiendo la aguda espada. Aquiles le embistió a su vez con el corazón rebosante de feroz cólera: defendía su pecho con el magnífico escudo labrado, y movía el luciente casco de cuatro abolladuras, haciendo ondear las bellas y abundantes crines de oro que Hefesto¹⁵ había colocado en la cimera. Como el Véspero, que es el lucero más hermoso de cuantos hay en el cielo, se presenta

¹¹. Dios de la guerra.

¹². La rodela es la parte central del escudo, reforzada.

¹³. Apolo, el dios arquero, partidario de los troyanos.

¹⁴. La Moira (literalmente la parte que toca a cada uno) es la personificación del destino mortal.

¹⁵. Hefesto es el dios del fuego y de la forja, que fabricó para Aquiles unas armas de oro invulnerables.

rodeado de estrellas en la oscuridad de la noche, de tal modo brillaba la lanza de larga punta que blandía Aquiles, mientras pensaba en causar daño al divino Héctor y miraba cuál parte del hermoso cuerpo del héroe ofrecería menos resistencia. Este lo tenía protegido por la excelente armadura de bronce que había quitado a Patroclo, después de matarlo, y solo quedaba descubierto el lugar en que las clavículas separan el cuello de los hombros, la garganta, que es el sitio por donde más pronto sale el alma: por allí el divino Aquiles le envasó la lanza a Héctor, que ya lo atacaba, y la punta, atravesando el delicado cuello, asomó por la nuca. Pero no le cortó el garguero¹⁶ con la lanza de fresno que el bronce hacía pesada, de modo que aún podía hablar algo y responderle. Héctor cayó en el polvo, y el divino Aquiles se jactó del triunfo, diciendo:

331 -¡Héctor! Cuando despojabas el cadáver de Patroclo sin duda te creíste salvado y no me temiste a mí porque me hallaba ausente. ¡Necio! Quedaba yo como vengador, mucho más fuerte que él, en las cóncavas naves, y te he quebrado las rodillas. A ti los perros y las aves te despedazarán indignamente mientras que a Patroclo los aqueos le harán honras fúnebres.

336 Con apagada voz le respondió Héctor, el de tremolante casco:

337 -Te lo ruego por tu alma, por tus rodillas y por tus padres: ¡No permitas que los perros me despedacen y devoren junto a las naves aqueas! Acepta el bronce y el oro que en abundancia te darán mi padre y mi querida madre y entrega a los míos el cadáver para que lo lleven a mi casa y los troyanos y sus esposas lo entreguen al fuego.

344 Mirándole con torva faz, le contestó Aquiles, el de los pies ligeros:

345 -No me supliques, ¡perro!, por mis rodillas ni por mis padres. Ojalá el furor y el coraje me incitaran a cortar tus carnes y a comérmelas crudas. ¡Tales ofensas me has causado! Nadie podrá apartar de tu cabeza a los perros, aunque me traigan diez o veinte veces el debido rescate y me prometan más: la madre que te dio a luz no te pondrá en un lecho para llorarte, sino que los perros y las aves de rapiña despedazarán tu cuerpo.

355 Contestó, ya moribundo, Héctor, el de tremolante casco:

356 -Bien lo conozco, y no era posible que te persuadiese, porque tienes en el pecho un corazón de hierro. Mas guárdate de que atraiga sobre ti la cólera de los dioses, el día en que Paris y Apolo te darán la muerte, a pesar de tu valor, en las puertas Esceas.¹⁷

361 Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los miembros y descendió al Hades, llorando su suerte, porque abandonaba un cuerpo vigoroso y joven. Y el divino Aquiles le dijo, aunque lo veía muerto:

365 -¡Muere! Y yo recibiré a la Moira cuando Zeus y los demás dioses inmortales dispongan que se cumpla mi destino.

¹⁶. *El garguero es la parte superior de la tráquea.*

¹⁷. *Héctor, moribundo, predice a Aquiles la muerte que, efectivamente, le vendrá de una flecha lanzada por Paris y dirigida por Apolo.*

Texto III. Andrómaca llora la muerte de su esposo Héctor y el triste destino que aguarda a su hijo huérfano (*Iliada* XXII, 188-366)

460 Dicho esto, salió apresuradamente del palacio como una loca, palpitándole el corazón, y dos esclavas la acompañaban. Mas, cuando llegó a la torre y a la multitud de gente que allí se encontraba, se detuvo, y desde el muro recorrió con la vista el campo. Enseguida vio a Héctor arrastrado delante de la ciudad, pues los veloces caballos lo llevaban despiadadamente hacia las cóncavas naves de los aqueos; las tinieblas de la noche velaron sus ojos, cayó de espaldas y se le desmayó el alma. Cuando volvió en sí y recobró el aliento, lamentándose con desconuelo, dijo entre las troyanas:

477 -¡Héctor! ¡Ay de mí, infeliz! Ambos nacimos con la misma suerte, tú en Troya, en el palacio de Príamo, yo en Tebas, en el palacio de Eetión. ¡Ojalá no me hubiera engendrado! Ahora tú descienes a la mansión de Hades, en el seno de la tierra, y me dejas en el palacio viuda y sumida en triste duelo. Y el hijo que engendramos tú y yo, infortunados... Ni tú serás su amparo, Héctor, pues has muerto, ni él el tuyo. Si escapa con vida de la luctuosa guerra de los aqueos, tendrá siempre fatigas y pesares. Los demás se apoderarán de sus campos, cambiando de sitio las piedras de las lindes. El mismo día en que un niño queda huérfano, pierde todos los amigos y en adelante va cabizbajo y con las mejillas bañadas en lágrimas. Obligado por la necesidad, acude a los amigos de su padre, tirándoles ya del manto, ya de la túnica. Alguno, compadecido, le alarga un vaso pequeño con el cual mojará los labios, pero no llegará a humedecer la garganta. El niño que tiene los padres vivos le echa del festín con injuriosas voces: "¡Vete, enhoramala!, le dice, que tu padre no come con nosotros". Y volverá a su madre viuda, llorando, el huérfano Astianacte, que en otro tiempo, sentado en las rodillas de su padre, sólo comía médula y grasa¹⁸ jugosa de ovejas, y cuando se cansaba de jugar y se entregaba al sueño, dormía en blanda cama, en brazos de la nodriza, con el corazón lleno de gozo. Mas ahora que ha muerto su padre, mucho tendrá que padecer Astianacte. Y a ti, cuando los perros se hayan saciado con tu carne, los movedizos gusanos te comerán desnudo, junto a las curvadas naves, lejos de tus padres.

Texto IV. Príamo acude por la noche a la tienda de Aquiles para recuperar el cadáver de su hijo (*Iliada* XXII, 472-591)

El gran Príamo entró sin ser visto, acercóse a Aquiles, abrazóle las rodillas y besó aquellas manos terribles, homicidas, que habían dado muerte a tantos hijos suyos. Y luego suplicó a Aquiles, dirigiéndole estas palabras:

¹⁸. Consideradas un manjar por los antiguos.

486 - Acuérdate de tu padre, Aquiles, semejante a los dioses, que tiene la misma edad que yo y ha llegado al funesto umbral de la vejez. Quizá los vecinos le oprimen y no hay quien le salve del infortunio y de la ruina. Pero al menos aquel, sabiendo que tú vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver a su hijo, llegado de Troya. Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos excelentes en la espaciosa Troya, puedo decir que de ellos ninguno me queda y el que era único para mí, pues defendía la ciudad y a sus habitantes, a ese tú lo mataste mientras combatía por la patria, a Héctor, por quien vengo ahora a las naves de los aqueos, por ver si me lo devuelves, y traigo un inmenso rescate. Pero, respeta a los dioses, Aquiles, apiádate de mí. Acuérdate de tu padre, que yo soy todavía más digno de piedad, puesto que me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a mi boca la mano del matador de mis hijos.

507 Así habló. A Aquiles le vino deseo de llorar por su padre y, tomando de la mano a Príamo, lo apartó suavemente. Entregados uno y otro a los recuerdos, Príamo, caído a los pies de Aquiles, lloraba copiosamente por Héctor, matador de hombres y Aquiles lloraba unas veces a su padre y otras a Patroclo. Y el gemir de ambos se alzaba en la tienda. Mas así que el divino Aquiles se hartó de llanto y el deseo de sollozar cesó en su alma, se alzó de la silla, tomó por la mano al viejo para que se levantara, y, mirando compasivo su blanca cabeza y su blanca barba, le dijo estas aladas palabras:

518 -¡Ah, infeliz! Muchos son los infortunios que tu ánimo ha soportado. ¿Cómo has tenido valor para venir solo a las naves de los aqueos, a los ojos del hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro tienes el corazón. Mas, ea, toma asiento en esta silla y, aunque los dos estamos afligidos, dejemos reposar en el alma las penas, pues el triste llanto para nada aprovecha. Los dioses destinaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza y solo ellos viven descuitados. A las puertas del palacio de Zeus hay dos toneles de dones que el dios reparte: en uno están los males y en otro los bienes. Aquel a quien Zeus, que se complace en lanzar rayos, se los da mezclados, unas veces topa con la desdicha y otras con la buena ventura; pero el que tan solo recibe penas vive con desgracia y va de un lado para otro sin ser honrado ni por los dioses ni por los hombres. Así las deidades hicieron a Peleo hermosos dones desde su nacimiento: aventajaba a los demás hombres en felicidad y riqueza, reinaba sobre los mirmidones, y, siendo mortal, le dieron por mujer una diosa. Pero también la divinidad le impuso un mal: que no tuviese hijos que reinaran luego en el palacio. Tan sólo engendró uno, a mí, cuya vida ha de ser breve; y no le cuido en su vejez, porque permanezco en Troya, muy lejos de la patria, para causaros sufrimientos a ti y a tus hijos. Dicen que también tú, anciano, fuiste dichoso en otro tiempo y descollabas entre todos por tus riquezas y por tu prole. Mas, desde que los dioses celestiales te trajeron esta plaga, se suceden alrededor de la ciudad las batallas y las matanzas de hombres. Súfrelo resignado y no dejes que de tu corazón se apodere incesante pesar, pues nada conseguirás afligiéndote por tu hijo, ni lograrás que se levante; antes tendrás que padecer un nuevo mal.

552 Respondió en seguida el anciano Príamo, semejante a un dios:

553 -No me hagas sentar en esta silla mientras Héctor yace insepulto en la tienda. Entrégamelo cuanto antes para que lo contemple con mis ojos, y tú recibe el cuantioso rescate que te traemos. Ojalá puedas disfrutar de él y volver a tu casa, ya que ahora me has dejado vivir y ver la luz del sol.

559 Mirándole con torva faz, le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:

560 -¡No me irrites más, anciano! Tengo decidido entregarte a Héctor, pues para ello Zeus me envió como mensajera a la madre que me dio a luz, la hija del anciano del mar. Comprendo también, Príamo, y no se me oculta, que un dios te trajo a las veleras naves de los aqueos; porque ningún mortal, aunque estuviese en la flor de la juventud, se atrevería a venir al ejército, ni entraría sin ser visto por los centinelas. Abstente, pues, de azuzar los dolores de mi corazón, no sea que a ti, anciano, no te respete en mi tienda, aunque seas mi suplicante, y viole las órdenes de Zeus¹⁹.

571 Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. El Pelida, saltando como un león, salió de la tienda, y no se fue solo, pues le siguieron dos de sus servidores, el héroe Automedonte y Alcimo, que eran los compañeros a quienes más apreciaba desde que había muerto Patroclo. En seguida desengancharon caballos y mulas y tomaron del hermoso carro los inmensos rescates por la cabeza de Héctor. Tan sólo dejaron dos mantos y una túnica bien tejida, para envolver el cadáver. Aquiles llamó entonces a las esclavas y les mandó que lo lavaran, trasladándolo a otra parte para que Príamo no viese a su hijo, no fuera que, afligiéndose al verlo, no pudiese reprimir la cólera en su pecho e irritase el corazón de Aquiles y este lo matase, quebrantando las órdenes de Zeus. Lavado ya y ungido con aceite, las esclavas lo cubrieron con la túnica y el mismo Aquiles lo levantó y colocó en un lecho y por fin los compañeros lo subieron al reluciente carro.

¹⁹. Zeus protege a los suplicantes y castiga a quienes violan las leyes de la hospitalidad.